

yor libertad á la Iglesia, pero en general no hizo sino asegurar las malhadadas conquistas de la revolución y legalizarlas, concediendo á los usurpadores pacífica posesión de los bienes usurpados á la Iglesia, en vez de restituirlos á sus legítimos dueños, como era su deber. Y aunque había algunos hombres de buena fe que tenían mejores intenciones y aspiraban á reintegrar á la Iglesia, fueron arrastrados por la mayoría, que ni siquiera pagaba con regularidad la mezquina asignación del clero, que no era sino una como sombra de indemnización por los inmensos bienes que se le habían arrebatado. Pero al fin aquel estado de cosas, comparado con el anterior, era más soportable, y muchos eclesiásticos se aprovecharon del restablecimiento del orden material para hacer reflorar en los pueblos la piedad y las buenas costumbres; pero quizá ninguno trabajó con tanto celo y alcanzó más felices resultados que nuestro Padre Fundador. En este tiempo comenzaron de un modo formal y no interrumpido sus numerosas Misiones, dadas en casi todos los pueblos de Cataluña y de Canarias; pero tan gloriosa empresa merece ser tratada en capítulo aparte, y por cierto sobra materia para él.



CAPÍTULO IX

EXCURSIONES APOSTÓLICAS DEL PADRE CLARET EN CATALUÑA Y EN CANARIAS (1843-1849)

1. Misiones y ejercicios dados en 1843: Igualada y Campdevánol.—Preciosa conquista hecha en Gombren.—La Misión de Roda.—2. Misiones en 1844: Manresa y Barcelona.—Profetiza en Santa María del Mar.—Curación maravillosa.—Carta consolatoria á un Obispo desterrado.—Misión de Olot.—Librada Ferrarons, ó sea la doncella extática.—Fruto extraordinario de esta Misión.—3. Misiones en 1845: Mataró.—Misión de Villanueva y Geltrú.—Atentan contra él mientras confesaba.—Misión de Bañolas.—4. Misiones en 1846: Valls.—Castigo milagroso y conversión de un joven que insultó al Siervo de Dios.—Misión de Tarragona.—Documento capitular acerca de ella.—Misión de Falset.—Curación de un niño ciego.—Fruto extraordinario que hizo en Lérida.—Luchas por oírle en la catedral de Vich.—Misión de Arenys de Mar.—5. Sus ocupaciones en 1847 y persecución que contra él se levantó en aquel año.—6. Cómo se trasladó á las Islas Canarias.—Trabajos apostólicos que llevó á cabo en ellas.—7. Vida admirable que hacía.—Anécdota curiosa.—8. Cómo el Señor le glorificó con algunas cosas maravillosas.—Descubre por revelación la curiosidad de una mujer y la de un criado.—Faroles milagrosos.—Cómo el Señor le manifestaba las conciencias de sus penitentes.—Predicciones del Siervo de Dios: cosecha de Moyá.—Castigo repentino.—Rebaños sin pastores guardados por la palabra del P. Claret.—El trigo milagroso.—Otras varias predicciones.—Varias curaciones milagrosas.

1. Para enumerar todos los lugares en donde el Siervo de Dios dió Misión en el tiempo relativamente breve de cinco años, poco más ó menos, sería menester copiar casi todos los pueblos, villas y ciudades de las cuatro provincias del Principado catalán y de las Islas Canarias (1), y aun así nuestra la-

(1) Por vía de nota apunto aquí algunos de los muchos pueblos en que el Siervo de Dios dió Misión, cuyos nombres entresacó cuidadosamente el reverendo P. Claret en sus Memorias. Entre otros que cita, se hallan éstos: Viladrau, Seva, Espinelves, Artés, Igualada, Santa Coloma de Queralt, Prats del Rey, Calaf, Calldetenas, Vallfogona, Vidrà, San Quirico, Montesquiu, Olots, Figueras, Bañolas, San Feliu de Guixols, Lloret, Calella, Malgrat, Arenys de Mar, Arenys de Munt, Mataró, Tayá, Masnou, Badalona, Barcelona, San Andrés, Granollers, Villanueva, Manresa, Sampedor, Sallent, Balsareny, Horta, Calders, Moyá, Vich, Gurb, Santa Eulalia, San Feliu, Estany, Oló, San Juan

bor sería inexacta ó incompleta, porque en muchos puntos predicó dos, tres y aun más veces, recogiendo en todas partes abundantísimos frutos de conversiones de vida mala en buena, y de buena en mejor. ¿En qué pueblo de Cataluña no ha resonado la voz del P. Claret? No ha muchos años apenas se hallaba familia que no conservara algún piadoso recuerdo del celoso Misionero, y todos recordaban su nombre como un símbolo de paz, como un nombre de persona muy querida, bendecido por todas las lenguas. La predicación de este elegido del Señor fué en algo parecida á la de los Apóstoles, de quienes está escrito: "Por todas partes se dejó oír el sonido de su voz, y sus palabras llegaron á los confines de la tierra (1)."

Mas lo que espanta en gran manera es cómo en el espacio de tres ó cuatro años pudo recorrer á pie evangelizando todo el Principado catalán, ir y volver de un extremo á otro, visitar como enviado de Dios, ora los pueblos de los Pirineos, ora los de las costas del Mediterráneo, ya los del centro de Cataluña, porque tan pronto se hallaba en Tarragona ó Lérida como en Barcelona ó Gerona, dejando de sí por donde pasaba huellas duraderas; pues no eran estériles sus correrías, ni en los pueblos se estaba mano sobre mano. Tareas ordinarias de sus visitas eran instruir á las gentes, confesar á la mayoría de los vecinos, conciliar desavenencias, enderezar muchos negocios delicados y difíciles é intervenir en todo lo que podía afectar gravemente á la Religión ó á las conciencias.

Tarea difícil y enojosa sería hacer relación de todas las predicaciones del P. Claret; por esto escogeremos algunas principales, por las que se podrá venir en conocimiento de lo que acaecía en las demás. En la Cuaresma del año 1843 predicó el Siervo de Dios en Igualada. El que nos hizo la relación de ella atestiguó que mañana y tarde estaba continuamente ocupado en confesar antes y después de los sermones. Cuando le dejaban algún momento libre, que rara vez acaecía, lo aprove-

de Oló, Pruit, San Felú de Pallarols, Piera, Pobla de Lillet, Bagá, San Jaime de Fontanyá, Solsona, Anglesola, San Lorenzo dels Piteus, Lérida, Tarragona, Torredembarra, Altafulla, Constantí, La Selva, Valls, Alforja, Falset, Pont de Armantera, Barbará, Montblanch, Bimbodí, Vinaxa, Espluga de Francolí, Cornadellas, Prades, Villanueva de Prades, etc.

(1) Psalm. XVIII, 5.

chaba para repasar sus manuscritos; pero eran estos instantes tan contados, que el señor Arcipreste y demás sacerdotes, que deseaban disfrutar algún rato de su edificante y amena conversación, no podían conseguirlo si no es durante la comida y en los breves instantes de recreación después de ella. Con gran templanza y sobriedad comía lo que le ponían delante, y no se singularizaba aún con la abstinencia del vino y de la carne, que comenzó á observar en años posteriores y continuó hasta su muerte (1).

En el mes de Julio del mismo año dió los primeros ejercicios espirituales al clero de Campdevánol. Yendo á esta Misión le acaeció en el camino una cosa providencial, que contaremos más adelante al hablar de sus virtudes. Llegado á su destino, dió luego comienzo á los santos ejercicios; entre los respetables sacerdotes que allí se habían juntado para oír la autorizada y conmovedora voz del P. Claret, se hallaba el ilustré D. Jaime Soler, á la sazón canónigo magistral de la catedral de Vich y después obispo de Teruel, el cual, como testigo de vista de muchos de los hechos del Siervo de Dios, dijo á un amigo suyo que los ángeles habían acompañado visiblemente á *Mosén Antón Claret* y que le tenía por un santo.

A continuación de estos ejercicios dió otros en Gombrén, y lo que dió ocasión á ellos fué lo siguiente: Terminadas las tareas anteriores se trasladó á esta población, donde residía un íntimo amigo suyo, el presbítero D. Tomás Puigcarbó, que más tarde fué párroco de Manlleu. "Vengo á descansar en tu compañía," dijo, al llegar, á su amigo. Pero ¿de qué manera? Un corazón que siempre ardía en el amor de Dios no podía descansar sino buscándole almas que le amaran y sirvieran. Así que al poco rato preguntó á D. Tomás: "Cuántos sacerdotes se podrían reunir aquí? — Acaso diez ó doce, respondió éste. — De buena gana, repuso el P. Claret, les daría yo los ejercicios si quisieran aceptarlos. — Todos los aceptaremos con mucho gusto, replicó su buen amigo."

Y, en efecto, los hicieron con demostraciones de alegría. Entre los sacerdotes que se presentaron llamó la atención de nuestro Padre uno joven como de veintisiete años, alto, de facciones finas y amables, frente despejada y ojos vivos, pero

(1) Rdo. D. José Rosanes. Oficio del 15 de Diciembre de 1880.

de expresión dulce y amorosa, de tez lisa aunque graciosa-mente algo morena, de talento superior, de imaginación pronta y brillante, de voz sonora y maneras agradables. Tal era entonces el futuro P. Esteban Sala y primer Superior de nuestra Congregación después del Fundador de la misma. Sus nobles cualidades pronosticaban en él un orador elocuentísimo, un Superior prudente y amable, y un hombre capaz de desempeñar con acierto y contento de todos el cargo más difícil y encumbrado. Era tal su ingenio, que aun antes de terminar la carrera sacerdotal fué nombrado profesor sustituto de la Facultad de Teología en la entonces célebre Universidad de Cervera, y añadido esto á la facilidad y brillantez con que se expresaba, y á la elegancia y suave atractivo de sus formas, podía fundadamente esperar un porvenir sobrado lisonjero; y aunque él era bueno y virtuoso, exento de toda arrogancia y desmedida ambición, todavía, como á San Francisco Javier antes de que San Ignacio le ganara enteramente para Dios, le sonreía más ó menos la grandeza del mundo, y aún no había renunciado á las justas aspiraciones que, sin dejar de ser buen sacerdote, podía en el siglo tener; pero nuestro Señor, que le destinaba para una de las piedras fundamentales de nuestro Instituto, le tocó en estos ejercicios el corazón de un modo extraordinario por medio del P. Claret, quien le ganó ya desde entonces para que fuera en adelante su futuro compañero. Tan trocado salió el joven presbítero de aquellos ejercicios, que en adelante no pensó sino en servir al Señor con todo esmero y perfección, y en verdad que lo alcanzó, como en su lugar veremos. De mudanza tan feliz diónos cuenta el Excmo. Sr. Don Benito Vilamitjana, entonces catedrático de Vich, luego canónigo de La Seo de Urgel, después obispo de Tortosa, y por último arzobispo de Tarragona. "Yo no he visto,—decía,— otro cambio más perfecto... Entiendo fué ésta una de las mayores conquistas del Sr. Claret."

En el mes de Diciembre del mismo año dió Misión en Roda; y como uno de los que á ella asistieron fué el Excmo. Sr. Don Francisco de Asís Aguilar, actual obispo de Segorbe, dejaremos que él mismo la refiera. "Un lunes por la mañana,—dice,—del mes de Diciembre de este año de 1843, un estudiante del Seminario dijo al que esto escribe y á otros compañeros que el día antes había oído en la iglesia de Roda á un predica-

dor que hablaba más de una hora seguida sin toser ni pararse para nada, con los ojos vueltos constantemente hacia el cielo; contándolo con tanto entusiasmo que nos hizo venir deseos de ir también á escucharle, como lo ejecutamos en el domingo inmediato.

„Los caminos que llevan á Roda estaban cuajados de gentes que iban como nosotros, y con más devoción que nosotros, á oír al predicador, dejando poco menos que desiertos los pueblos de la comarca y las casas de campo de los alrededores. La iglesia del pueblo, que es muy capaz, estaba llenísima, extendiéndose el auditorio por la plazuela inmediata hasta la tapia que sirve de muro sobre el despeñadero, á cuyos pies corre el río Ter. Rezado el santo Rosario, el Sr. Claret empezó su sermón con voz clara, entera, vibrante, que oían perfectamente tanto los que estaban dentro como los que estaban fuera del templo. Ni un murmullo ó movimiento en el auditorio, ni un golpe de tos en el predicador interrumpieron por un momento aquel torrente de palabras y de doctrina que salía de sus labios.

„Que los jóvenes no hubiésemos oído jamás á un hombre que hablaba de aquel modo, era poco de maravillar; pero lo mismo les sucedía á los ancianos. Todos se deshacían en elogios del Misionero.

„Unos decían:—¿Cómo puede hablar tanto tiempo sin descansar? Otros preguntaban:—¿De dónde habrá sacado tanta doctrina?—¿Qué comparaciones tan exactas, sencillas y oportunas!, decían éstos.—¿Qué ejemplos tan bien traídos! ¿Qué caudal de textos sagrados y qué bien aplicados!, exclamaban aquéllos.—Es un santo, añadían muchos, y hasta contaban varios sucesos milagrosos que le habían acaecido; siendo ciertamente, si no milagroso, muy admirable el hecho de conservar una salud robusta trabajando de día y de noche, alternando entre el púlpito y el confesonario, apenas durmiendo y alimentándose muy parcamente.

„Roda, en donde esto sucedía, es una población fabril tenida justamente por liberal durante la guerra y aun después, más instruída que otras de igual categoría y concedora, por las relaciones que la fabricación la obliga á guardar con la capital y los grandes centros de consumo, de los progresos en las modas y en los gustos, así materiales como intelectuales ó

literarios. Por esta razón el triunfo del Sr. Claret era allí más apreciable.

„Desde entonces su fama se propagó en todas direcciones y á largas distancias. Nadie que le hubiese oído le tenía por iliterato (1). En este mismo año hizo otras predicaciones y dió ejercicios espirituales á varias Comunidades de religiosas en la ciudad de Vich.

2. Durante la Cuaresma de 1844 predicó en la ciudad de Manresa y en el espacioso templo de La Seo. Sus naves se llenaron de apretada muchedumbre, atraída por la fama de santidad que gozaba, pues habíale glorificado el Señor con hechos que, si no eran á todas luces milagrosos, eran cuando menos extraordinarios, como eran haber restituido repentinamente la salud á los enfermos que visitó con sólo hacerles la señal de la cruz. En los alrededores de esta ciudad convirtió á una mujer de mala vida descubriéndole, sin que ella lo dijera, sus propios pecados, los cuales manifestó el Señor á nuestro Padre con lumbre sobrenatural, como muchas veces le acaeció. Admirábanse todos de su ardiente celo, y de su vida austera y ejemplar, y tenían sus trabajos por superiores á las fuerzas de un hombre (2).

Ya por este tiempo su fama se había extendido sobremodera por todo el Principado catalán, y era tenido por el predicador más apostólico y que más fruto hacía en los oyentes; por lo cual le invitaron á predicar el mes de Mayo en la magnífica iglesia de Santa María del Mar en Barcelona, donde se había escuchado la voz de los más célebres oradores catalanes, y donde aun hoy día suelen confiar el mes de las flores á los más distinguidos en el arte y que gozan de más justo renombre en el suelo español. Mas si siempre por esta causa y por la magnificencia y esplendor del culto han sido allí muy concurridas las funciones del mes consagrado á la Madre del Amor Hermoso, no hay memoria en más de cuarenta y ocho años que ninguno haya atraído más á las gentes y despertado en ellas mayor entusiasmo que nuestro amado Padre Fundador. Inmenso gentío llenaba todos los días las anchurosas naves, y tal era el afán de oírle que había muchas personas que

(1) *Vida del Sr. Claret*, cap. XVII.

(2) Dr. D. Melchor Peypoch, oficio del 23 de Abril de 1880.

por ganar lugar aguardaban una, dos y más horas en el templo antes de comenzar la función; y esto no un día solo, sino durante todo el mes y aun algunos días más, en que á instancias de muchísimas y respetables personas continuó predicando, hasta llegar sus sermones al número de treinta y seis. Y no se crea que sólo iba á escucharle la gente sencilla y devota, no; en el inmenso auditorio se confundía el letrado con el ignorante, el magistrado con el plebeyo, el militar con el paisano, el rico industrial con el humilde obrero, los oficiales de marina con los de tierra firme, y los seglares con los eclesiásticos. Entre éstos descollaron los doctores Ventalló, Riera y Palau, catedráticos del Seminario, el primero de Retórica y Poética, el segundo de Teología moral, y el tercero de Sagrada Escritura. Este último, conocido por grande orador, si bien adolecía de algunas extravagancias, dijo hablando del Siervo de Dios: “Hará más fruto él que todos los predicadores de Barcelona juntos.”

Las muchedumbres, conmovidas, decían: “Este hombre es un santo,; y no es de maravillar, porque Dios, en aquella misma ocasión, autorizó la palabra de nuestro amado Padre con el don de profecía, haciéndole ver los sucesos venideros como si los tuviera presentes. En el fervor de uno de estos sermones predicados en Santa María del Mar, paróse unos instantes, dió un golpe en el púlpito contra su costumbre ordinaria, y dijo: *Spiritus Domini super me*, que en romance quiere decir: “El espíritu del Señor sobre mí.” Paróse otra vez, y repitiendo el golpe, tornó á decir lo mismo: *Spiritus Domini super me*; y lo repitió por tercera vez.

Los oyentes, atónitos, se miraban unos á otros, y decían algunos de ellos: “¿Qué nos querrá explicar con esto?,” Pero el Siervo de Dios, después de la breve pausa que siguió al tercer golpe, continuó diciendo: “Es tan cierto lo que os estoy ahora predicando, como lo es que dentro de poco vendrá en esta ciudad de Barcelona un temporal tan fuerte que causará grandes perjuicios.” Y, en efecto, á los pocos días se levantó una tempestad tan recia, que varios almacenes de la playa del Borne y de las calles contiguas quedaron inundados.

Cuéntase también que en aquella ocasión, y en otras que estuvo en la capital de Cataluña, hubo curaciones extraordinarias de enfermos visitados por él, atribuidas á sus méritos.

Entre otras, una señora de esta ciudad nos refirió que su madre, Doña Francisca Soler, viuda de Moré, habiendo padecido terribísimos dolores á causa de un cáncer que hacía ya dieciséis años tenía en los ojos, y que según los facultativos habría acabado en breve con su vida, fué curada por el Siervo de Dios poniéndole él la mano en los ojos y rezando una breve oración, después de la cual se le secó el cáncer y se le cayó, quedando ella enteramente sana (1).

Siempre infatigable, todo el tiempo que le sobraba después de las predicaciones, de la oración, de la Misa y acción de gracias, del Oficio divino y algunas otras devociones, lo empleaba en oír confesiones en la iglesia y aun en su habitación, y en responder á las consultas que con frecuencia le hacían. Algunos jóvenes que le oyeron en la iglesia publicaron en elogio de él algunas poesías catalanas.

En el tiempo que estuvo en Barcelona se hospedó en casa de los caritativos señores de Nadal, y uno de los familiares contó á nuestros Misioneros que en el cuarto del Siervo de Dios no vió más libros que su Breviario, de donde se saca que se preparaba casi únicamente con la oración y con las ilustraciones del cielo á las pláticas que hacía, no sólo en la iglesia de Santa María del Mar, sino también en los muchísimos conventos de monjas, adonde le acompañó el familiar de que hablamos. Ponderó también este doméstico testigo la especial discreción, habilidad y prontitud con que respondía á las muchas preguntas que le hacían, de las doce á la una de la tarde, varios señores que le visitaban, entre los cuales nombró particularmente á los canónigos y doctores Palau, Saqués y Riera, y al P. Amigó del Oratorio, su antiguo consejero. Todos salían muy satisfechos de su presencia, porque tenía el don singularísimo de consolar las almas, y á las pocas palabras que le decían daba en seguida en el verdadero secreto del negocio, cuando éste se relacionaba con las cosas de conciencia ó de la mayor gloria de Dios. Después de haber estado trabajando durante todas las horas del día, parecía natural que al llegar á la noche descansase; pero el Siervo de Dios pasaba este tiempo orando, estudiando ó escribiendo, y si algo des-

(1) Testigos oculares: Doña Francisca Moré de Serra, hija de la agraciada; D. Juan Serra y Villaró, su esposo, y Doña Mercedes Serra, su hija.

cansaba era por breve tiempo y en postura muy incómoda, pues los familiares de los señores de Nadal en todas las horas de la noche veían luz en el cuarto de nuestro Padre, y por la mañana hallaban la cama tan limpia y arreglada como se la habían preparado, sin señal alguna de haberse acostado en ella (1).

No puedo pasar por alto, antes de seguir adelante, una preciosísima carta que el 22 de Julio de este año escribió desde Vich al Excmo. Sr. D. Cipriano Varela, obispo á la sazón de Plasencia y más tarde arzobispo de Sevilla, que estaba desterrado de su diócesis y confinado á un pueblo de Cádiz por haber protestado, como otros Obispos, contra los proyectos cismáticos del tristemente famoso Alonso Martínez. En esta carta consuela admirablemente al ilustre confesor de la fe, que en otra del mismo mes le había escrito sus padecimientos como á persona á quien tenía por santa, y de paso le da cuenta de sus trabajos apostólicos de aquel verano. El texto de ella es como sigue: "Ilmo. y Rmo. Padre mío: No me es posible explicar la alegría que he tenido al leer la de V. S. I. con fecha 10 del corriente, aunque veo en ella sus persecuciones y penas, porque éstas nunca jamás han sido motivo de tristeza, sino de grande contento y alegría para los verdaderos discípulos de Jesús Crucificado: *Gaudete et exultate*, — decía á sus discípulos. — *Beati qui persecutionem patiuntur propter justitiam*; de suerte que con estas y otras palabras con la gracia del divino espíritu *ibant gaudentes*... y se tenían por dichosos de padecer por Jesús. Esta, pues, debe ser nuestra gloria, la cruz de Jesucristo.

„Es tan grande el deseo que Jesús me ha dado de padecer por Él, que *sin penas y persecuciones no puedo vivir; no las temo, las busco por todas partes*; muchas he hallado, gracias á Dios, pero no tantas que me hayan hartado, y las considero tan necesarias para entrar en la gloria celestial, que cuando veo á alguno á quien el Señor regala con ellas me parece que es lo mismo que regalarle una tarjeta para que tenga la entrada franca. Padre mío, ánimese y alégrese; muchísimos mo-

(1) Noticias recibidas de D. Pedro Naudó, beneficiado de Santa María del Mar, de Barcelona; de D. Francisco de Frías, cura párroco de Sitjes, y de don Antonio Amigó, familiar que fué en casa de los señores de Nadal.

tivos tiene para rebosar de gozo; no puede pensarse el grande amor que le tengo cuando le veo adornado de persecuciones. ¡Quién me diera poderle ver y colgarle de su cuello como lo hace un hijo con su amadísimo Padre! Confío que con el tiempo lo lograré; tal vez cuando V. S. I. esté en su silla iré á predicar el Evangelio á su diócesis.

„Debo decir á V. S. I. que ahora hemos concluído los ejercicios de San Ignacio al clero del obispado de Vich; la reunión ha sido grande; más parecía un concilio que una reunión para ejercicios; pero no ha sido menos grande el fruto, y para que se conserve nos ha parecido bien dar á cada uno estos avisos, que envío á V. S. I. á fin de que me diga lo que le parece.

„Hoy mismo, día de Santa Magdalena, hemos empezado los ejercicios á las Beatas de Santo Domingo y á las Carmelitas, y concluídos subiré á la montaña á predicar en diferentes lugares hasta mediados de Septiembre, que tengo que pasar al Vallés y á Marina hasta pasado Pascua. Tengo el itinerario formado de tal manera, que no vacará ningún día, sino que siempre predicaré, ó al clero, ó á monjas, ó al pueblo.

„Bien puede ver V. S. I. cuánto necesito de la gracia, pues sin ella nada puedo, y con ella todo. No necesito menos la humildad, porque sin ella, ¡ay de mí!... Suplique al Señor que me conceda una y otra y que no me deje un momento de su mano, que de otra suerte estoy perdido. Encomiéndome también á V. S. I., á quien tengo hecha donación de todas mis fatigas y tareas apostólicas, y mande de su más atento y seguro servidor que besa de V. S. I. el anillo. = Antonio Claret, presbítero.

» *Postdata.* — Digo que con el tiempo tal vez nos veamos, porque mis licencias ó despachos son para toda España; y si no he salido del obispado de Cataluña, es porque hay aún muchísimo que hacer en ella. Envío á V. S. I. algunos papelitos que doy en las Misiones. El libro *La Luisita de Cádiz* se reimprimirá. Disimule, que no tengo más tiempo.

Dejando á un lado otras predicaciones hechas por el Siervo de Dios en el año de 1844, diré tan sólo alguna cosa sobre la Misión de Olot, perteneciente al obispado de Gerona, por las circunstancias extraordinarias que en ella concurrieron.

Mucho le costó al celoso Cura párroco obtener que le en-

viaran tan ilustre Misionero, porque llovían semejantes peticiones de todas partes y de poblaciones importantísimas, donde se esperaba recoger copiosísimo fruto; pero vivía en Olot un alma piadosísima y muy agradable al Señor, que hizo fuerza á la Reina de los cielos para que nuestro Padre fuera á predicar allí con preferencia á otros pueblos, como lo confesó el mismo Siervo de Dios. Llamábase ésta Inés Ferrarons y Vives, heredera de las virtudes y de los padecimientos de su heroica y extática hermana, Librada Ferrarons, muerta en 21 de Junio de 1842, dos años antes de que el P. Claret comenzara esta Misión. Como el espíritu de esta virgen, fallecida en olor de santidad, fué aprobado en esta ocasión por nuestro amado Padre, después de haber examinado los documentos relativos á la vida de la santa obrera y oído á muchísimos testigos que habían presenciado sus virtudes y dones sobrenaturales, creo que me agradecerán los lectores que dé á conocer algún tanto esta candorosa doncella, á lo cual me siento tanto más inclinado cuanto que su vida, carácter y heroicas virtudes son muy parecidas á las del Siervo de Dios, á lo menos en la niñez y en los primeros años de la edad juvenil, contemporáneos los dos con sólo dos años de diferencia.

Dios nuestro Señor, cuya sabia Providencia prevé y ordena á su mayor gloria los acontecimientos venideros, para evitar las desastrosas consecuencias del socialismo, que en este siglo de máquinas y adelantos tan hondas raíces ha echado en la clase obrera, parece como que se complació en presentar en el primer tercio de tan agitada centuria dos obreros, dechados de virtud y de perfección evangélica, á los cuales pudiera ajustar su conducta esta clase tan necesitada de los consuelos del cielo y de los alientos que comunica la práctica fiel de la Religión de Cristo. Los dos sexos estuvieron fielmente representados en ese cuadro divino de sobrenatural perfección, el uno en el virtuoso joven Claret, fabricante de hilados en Barcelona, y el otro en la humilde Librada, obrera también, que trabajaba en máquina de hilar; el uno, de allí fué llamado á la carrera apostólica y á un calvario activo y doloroso sembrado de espinas por los hombres, y la otra á la vida contemplativa, con un martirio quieto y sosegado, pero no menos terrible, porque Dios la clavó por espacio de catorce años, que fueron los últimos de su vida, en el lecho del dolor, y los demo-

nios se encargaron de atormentarla de mil modos apenas imaginables. Mostrábansele en figuras horribles y espantosas para atemorizarla, y permitiéndolo así el Señor para afinar más en el fuego de la tribulación el oro purísimo de la paciencia con que le labraba la corona, le daban tan malos tratamientos que suplían bien el espíritu de penitencia que la animaba en años anteriores. Azotábanla cruelmente, derribábanla por el suelo, causábanla mordeduras de lengua, producíanla dolorosas contorsiones, abrasábanla como si la abrevaran con plomo derretido, y la ponían en agonía mortal dejándola por largas horas sin aliento. Veces hubo, según aseguran testigos oculares, entre ellos los Rdos. Luis Vila, Pedro Rovira y Antonio Bonavía, en que los demonios la arrojaban, como una pelota, súbita y violentamente de la cama contra la pared, y de la pared contra el suelo, haciéndola dar aquí golpes de cabeza contra los ladrillos y padecer otros tormentos increíbles si no lo asegurasen tan abonados testigos.

En este martirio diabólico callaba la Sierva de Dios, sin que salieran de sus labios otras expresiones que de conformidad divina: *Hágase, Señor*, — decía, — *tu santa voluntad*; jaculatoria favorita que repetía con fervor durante sus mayores penas, y en medio de tan rápidos movimientos conservaba tan modesta compostura en el semblante y vestido, que causaba edificante admiración en cuantos lo presenciaban.

A esto se añadió el martirizarla de tal manera en todas las partes del cuerpo, que no tenía parte sana, y en todas ellas padecía intensísimos dolores, sin que los médicos atinaran en la causa de ellos, porque eran sobrenaturales y no siempre se manifestaban por de fuera. Ella lo sufría todo con inquebrantable paciencia, y ofreciéndose siempre á padecer nuevos tormentos si era del agrado del Señor. Y por cierto que Dios, en su infinita sabiduría, dió larga mano á los demonios para que probaran como quisiesen la paciencia de la joven, pues, según ellos mismos confesaron, tenían todo poder del Altísimo contra la paciente Librada con tal de que no se vieran ni en el rostro ni en las manos las señales de tan horribles tormentos.

Mas como fueran siempre vencidos en estas singulares batallas dirigidas contra el cuerpo de la invicta virgen, apelaron á sus diabólicas arterias, encaminadas más derechamente contra el espíritu. Entrábase el enemigo de nuestra salvación por

el cuarto de Librada con hábito y forma ya de sacerdotes, ya de observantes religiosos, varones todos espirituales, que solían visitarla y con quienes solía tener pláticas de edificación: tomaba una silla y sentábase al lado de la cama. Aprovechando la ocasión, comenzaba el falso huésped con humos de piedad hablando de cosas del cielo, que conocía eran más del gusto de la enferma. Pero después de haber disimulado por breve espacio, ingería en la conversación, ora dudas en las divinas promesas, ora máximas laxas y perniciosas, ora consejos opuestos á los del director. Mas oídas tales enseñanzas y asegurada interiormente del engaño, acudía la bendita doncella á abrazar el escudo de la fe y arremetía contra el enemigo, el cual, desvaneciéndose como humo, no hacía sino dar á la invicta guerrera ocasión de nuevos triunfos.

Tantos asaltos varonilmente resistidos, martirios tan acerbos y continuados sufridos con tan inefable resignación, le merecieron del cielo favores extraordinarios y divinas consolaciones, que le comunicaron soberano aliento para seguir adelante en el camino real de la santa Cruz. Enriquecida con el don de profecía, anunció lo por venir mucho antes que acaeciera, y entre otras cosas predijo la matanza de los frailes en España con cuatro años de anticipación; pero lo que más la levantó sobre el vulgo de los hombres fueron sus frecuentes y prolongados éxtasis. Durante ellos quedaba sin sentido, pero tenía el rostro agradablemente risueño, los ojos centelleantes con tan divina luz, aunque nada veía, y hablaba con tanto vigor, viveza y claridad que pasmaba, y sonreía con tanta gracia que infundía consuelo. A las personas que la rodeaban convidábalas á ir al cielo, diciendo: *Vamos, vamos allá todos. ¡Ay, hijas de mi alma, qué hermosura, qué alegría, qué gozo, qué claridad!*; y lo decía con tanta energía y fuerza, que á pesar de su flaqueza extremada y de no poder mover los brazos, no solamente los agitaba con facilidad, sino que levantaba también todo su cuerpo, teniendo los ojos fijos en el cielo. En medio de estas delicias se paraba, y unas veces hacía preguntas muy serias, que convidaban á profundas consideraciones; otras describía las eternas moradas con imágenes parecidas á las de San Juan Evangelista en el *Apocalipsis*. Luego que volvía en sí caía la paciente en desmayo mortal, sin poder tomar el más ligero alimento ni medicina alguna; su cuerpo es-